

# MIRET MAGDALENA

## CON IRLANDA Y SIN IRLANDA: NO A LA OPRESION

El progreso de la Humanidad es confuso. Ciertos valores se desarrollan; otros, en cambio, quedan ocultos o postergados hoy, igual que en los peores momentos de la historia humana.

En nuestro mundo actual estamos viviendo este confuso hecho en una amalgama de contradictorias posturas entre la práctica y la teoría, entre la acción y la idea.

Juan XXIII habló por fin, con optimista acogida, de todo lo positivo que ha propugnado la organización de la sociedad moderna: dignidad de la persona y respeto de sus derechos, libertad civil, participación popular, auto-promoción obrera y proceso constructivo de la socialización humanista. Y dio el espaldarazo a esta «progresiva» actitud dándole el nombre de cristiana, cuando los Papas anteriores andaban recelosos ante ella, o incluso hostiles, como todos los Pontífices del siglo XIX, excepto León XIII.

Parecía una vaciedad lo que se repetía en todos los países en conferencias, artículos o libros. Estábamos —por fin— en el siglo de la libertad, la igualdad y la fraternidad, lema puramente teórico de la burguesía que ganó la Revolución francesa y hecho sólo a la medida de su grupo; pero al fin —decíamos— este triple lema había adquirido en nuestro siglo carta de naturaleza universal en la conciencia de pueblos e individuos.

Sin embargo, este año —el año del realismo le llamaría yo— empezamos ya muchos hombres y mujeres —jóvenes o no— a dudar del significado real de tales palabras en la boca de quienes están obligados a hacerlas realidad.

Hoy es el recuerdo de la invasión checoslovaca, recordado en la triste «noche de Praga» al año de ocurrida aquella. Todo un pueblo, en la sincera vía del socialismo, expresa el sentimiento de estar oprimido, moral y físicamente, por los soviets.

Como opresión resulta la guerra de Biafra, la inhumana batalla civil donde las cifras reales, valoradas en millones de muertos —y recordadas hace poco por mí—, parecen, más bien, exageraciones sensacionalistas que realidades tangibles.

O la —en el mundo occidental— desconocida persecución ocurrida en Malawi (África), donde los Testigos de Jehová —pacifistas a ultranza— son objeto, según dice uno de ellos, «de la más brutal e inhumana persecución de cristianos de este siglo XX»; donde —por el simple hecho de seguir sus discutibles pero pacíficas doctrinas— «por todo el país sus casas han sido derribadas, incendiadas y destruidas»; donde, entre los dieciocho mil seguidores de este grupo religioso, «más de mil cristianas devotas han sido violadas» (Despertad, 22 de marzo de 1968. Watchtower, Inc. Nueva York).

Lo mismo que podríamos hablar de la endémica, pero no por eso menos trágica situación del Oriente Medio, con su guerra agotadora como el sol en el desierto y sus miles de refugiados semiabandonados y desarraigados.

Igual que sucede en el Vietnam, donde ya no se sabe por qué se lucha, si no es por una serie de intereses económicos y de prestigio, los cuales se van hundiendo moralmente —bajo capa de liberación— en la peor de las formas.

Y si se dirige nuestra mirada a América Latina —al Brasil, por ejemplo—, las noticias se suceden, una tras otra, para dar la voz de alarma de la opresión en que muchos católicos y simples ciudadanos se encuentran, como tantas veces ha denunciado el valiente Obispo Helder Cámara.

Pero ahora nos ha tocado más de cerca: ha sido en nuestra Europa. Irlanda ha resultado escenario de esta discriminación injusta que parece la tónica de muchas situaciones que se dicen civilizadas o en vías de desarrollo.

Los católicos hemos sentido, en lo vivo de nuestra carne, esta opresión violenta —incluso con violencia física— que a veces olvidamos, o por estar lejos o por no afectarnos a nosotros individualmente. El 90 por ciento de las casas incendiadas en Irlanda del Norte eran católicas; el 85 por ciento de los muertos, también, y el 75 por ciento de los heridos han sido de nuestra religión.

En 1969 —a las puertas del año 2000— sentimos un viento de guerras religiosas —tras las que se ocultan, en las más de las ocasiones, otros intereses— que parecían definitivamente relegadas a anteriores capítulos de la historia.

He meditado estos días —a la luz de todo ello— sobre el sentido cristiano de la libertad religiosa y humana, y he recordado cuánto tenemos que arrepentirnos, los católicos, de aquellas guerras de religión en la Europa de hace unos siglos, o de la cruel revocación del edicto de Nantes, en Francia, dejando a la merced de cualquier arbitrariedad a los protestantes del país vecino. Y, en menor escala pero no por eso menos digna de reflexión, la actividad discriminatoria que en estos últimos siglos han sufrido los evangélicos reformados en nuestra patria.

Ahora, al cabo de los siglos de situación beneficiosa para nosotros, cambia su signo leyendo las noticias incomprensibles de abandono en que se han encontrado los católicos del Ulster y la parcialidad con que se les ha tratado. Y por eso empezamos algunos a comprender el sentido que tenía, también para épocas anteriores, el mandato bíblico: «no hagas a los demás lo que no quieras para ti». Y lo comprendemos, porque la dura ley del tallón la acabamos de sufrir los católicos en nosotros mismos.

Es el momento de recordar también —ante las violencias irlandesas— que el cristiano, como tal, debe ser, aunque no lo haya sido, pacífico. Y que, desde el primitivo cristianismo, se sintió llamado a ser obrador de paz, como San Martín de Tours, que en el siglo IV incriminó al Emperador por perseguir a los herejes, o el Arzobispo de Milán, San Ambrosio, que negó —sin hacer diferencia entre católicos y no católicos— al Emperador Teodosio la entrada en el templo por haber matado, en la isla de Samos, a seis mil inocentes.

Por eso el filósofo católico —de ideas religiosas conservadoras— Dietrich von Hildebrand recuerda, con la máxima oportunidad, el escándalo que producen hoy, a los treinta y cinco años vista, aquellos católicos alemanes del tiempo del nazismo que decían «que mientras Hitler no atacara a la Iglesia, no podía considerarse como un enemigo de la Iglesia». ¿Es que las doctrinas de libertad, respeto mutuo y promoción humana que ella predica son sólo para su ventaja? «Esas personas —como muchos católicos en análogas situaciones— no comprendían que se atacaba a la Iglesia cada vez que se ofendía a Dios con una injusticia» (D. von Hildebrand, *El Caballo de Troya en la Ciudad de Dios*. Ed. Razón y Fe). Lo que más debe defender un católico, en cuanto católico, no es a su grupo, sino a la justicia.

Hay que ser oportuno, por tanto, y no oportunista, y saber así que no hay razón para defender hoy a los católicos del Ulster más que a las mujeres cristianas de Malawi, a los hambrientos de Biafra, a los oprimidos de América Latina o a los desmoralizados del Vietnam. Por no haber hecho eso se alejan de la Iglesia muchos, porque sólo a posteriori ha defendido ésta la justicia en muchas ocasiones y no en el momento oportuno. Pensemos por eso que si en el año 1933 —y no hoy— «los Obispos (alemanes) hubieran condenado el nacionalsocialismo con un absoluto non possumus...», millones de personas se habrían convertido a la Iglesia» (D. von Hildebrand, o. c.), porque habrían visto claramente en ella —representada por los católicos— el reflejo del Evangelio sirviendo oportunamente a los demás, en vez de servirse con sobra de oportunismo a ellos mismos.